

Baronne Liech

ECHEGARAY Y SUS DETRACTORES

ESTRENO DE "A FUERZA DE ARRASTRARSE"

(Especial para LA PRENSA)

Madrid, Febrero de 1905.

Por tercera vez se intenta un homenaje nacional a Don José Echegaray. El premio Nobel, distribuido entre Mistral y el célebre dramaturgo, ha dado nueva ocasión a los admiradores del último representante del romanticismo literario para resucitar su proyecto, dos veces fracasado, de rendir al popular escritor un tributo de admiración entusiasta.

El intento de homenaje va corriendo desde hace dos meses las alternativas consiguientes a la organización de un acto que no tiene unanimidad absoluta de votos. Sabido es que la personalidad de Echegaray ha sido siempre motivo de acaloradas discusiones, encontrando no poca resistencia sus procedimientos literarios y recursos escénicos, para provocar la emoción en su auditorio.

La juventud intelectual, la nueva España literaria, no ve en Echegaray la encarnación de la más alta mentalidad española. Las ideas de los escritores jóvenes, sus sentimientos, sus amores estéticos, se inclinan hacia otros hombres, hacia otros maestros de la literatura nacional, a los cuales reconoce mejor derecho para obtener el tributo de admiración colectiva que debe todo país a sus hijos esclarecidos. Por reconocerlo así y ver en ello un acto de justicia, la juventud intelectual prepara un manifiesto, muy respetuoso, en el que se excluye voluntariamente del homenaje que una parte de la prensa y alguna empresa teatral, abrogándose la representación de todas las clases intelectuales, quiere rendir al ilustre dramaturgo.

La circunstancia de hallarme metido en esta batalla de gibelinos y gibelinos a que da lugar el proyectado homenaje, me impide en absoluto utilizar estas columnas neutrales, entregadas a la discreción del corresponsal, para exponer ideas y sentimientos que pudieran parecer fruto de un partidismo exaltado.

El "banderizo literario" se desprende del calor que le han comunicado sus numerosos cofrades y cede la pluma a la fría seriedad del corresponsal. Esta crónica se limitará por lo tanto, a una información escueta sobre este proyectado homenaje, combatido, en muy discreto y respetuoso tono, por el espíritu de la España joven, empeñado en señalar ruta más amplia al ideal estético de la nación.

Y realizado el traspaso de "la péñola", el corresponsal asegura a sus lectores que no asomará en estas cuartillas la cabeza del banderizo, ni intención alguna que pueda torcer los fueros de la más perfecta y absoluta imparcialidad.

Una cosa hay profundamente simpática en don José Echegaray: su permanencia en la lucha. Y no es simbólico este término; pues en España, tratándose del teatro, la palabra "lucha" está tan justamente aplicada como si se tratase de la guerra; cada estreno es una verdadera batalla.

A don José no le arredra que el espíritu de la juventud intelectual no siga sus huellas, ni que gran parte del público que antes le fuera adicto, le abandone ahora, inspiándole más curiosidad otro género de obras.

Débase este fenómeno al mayor movimiento teatral habido en Madrid en estos últimos años. El público ha visto ya gran número de obras extranjeras representadas por compañías italianas y francesas: conoce también muchas traducciones de los dramaturgos más en boga, a todo lo cual debe agregarse la sana influencia del teatro de Galdós y de Benavente. Las ficciones y la frivolidad psicológica de Echegaray han ido perdiendo su eficacia emocional a medida que el público conocía otras ideas, otras pasiones, otros conflictos más humanos, más en consonancia con el espíritu contemporáneo.

Por otra parte, la evolución del espíritu peninsular que ahora se inicia en diversas formas, en una revisión general de ideas y de valores morales, no ha sido en su arranque reciente un movimiento voluntario. La raza ha tenido que abrir los ojos a la realidad, sacudida por una tragedia, por una guerra desastrosa que hizo ver al país todos los errores en que vivía. De esta revisión, emprendida principalmente por la juventud literaria, no podía escapar la producción artística de Echegaray, toda esa serie de obras, inspiradas sin duda, acaso hermosas para otra época de menor necesidad analítica que la actual. La obra teatral de nuestro dramaturgo, ilógica, absurda, llena de un lirismo desenfundado, ha quedado clasificada a la par de nuestra huera oratoria política, de nuestro ingenioso y mal informado periodismo, de nuestro falso concepto sociológico, de toda nuestra quimérica visión de las cosas.

Echegaray tiene la desgracia de ser quizá el hombre que más de medio a medio ha cogido esta revisión, este análisis de los errores de un pueblo, este movimiento reactivo de una juventud que nace a la vida intelectual a raíz de una lección tan dura. Quizá otros hombres, si viviesen, se hallaran como Echegaray, frente a los ojos interrogadores, frente a la acción analítica de una juventud que examina—acaso con poca piedad—todos los errores que fraguran un estado de incultura social, de desconocimiento de la realidad, de absurdidad, de ilogismo, de demencia general. Quizá no escaparían a este análisis necesario, falto, consecuencia forzosa del inmenso fracaso de todas nuestras ideas, hombres como Cánovas y Castelar, grandes entendimientos, sin duda, pero desviados del proceso evolutivo de los pueblos modernizados, transformados por pueblos menos ricos, menos verbosos, menos fantasistas, acaso también menos espirituales, pero mucho más filósofos, mucho más observadores de la verdadera naturaleza de los hechos, de la verdadera estructura del mundo y del sentido fundamental de la vida.

Sólo dos hombres de esa generación, sólo dos españoles anteriores al desastre, se salvaron de esta hora fatal de la revisión de nuestra vida colectiva: Pi y Margall, aquel hermoso espíritu, aquella inteligencia magnífica, aquel político honradísimo, aquel hombre sereno, austero, reflexivo, generoso, enérgico, leal, cuyos avisos en el momento de la locura y del suicidio eran respondidos con calumnias de gaceticillos estúpidos, con discursos banales, con barbaridades de todo linaje. Y a la par de aquel egregio sociólogo y político, nuestro gran Galdós, nuestro inmenso novelista, cuya obra hubiera ya transformado el alma de España si pudiese penetrar en el cerrado analfabetismo de las masas rurales. Galdós es hoy el único hombre que tiene todos los votos de la juventud intelectual. Sus ochenta volúmenes de observación de la realidad, de combate contra la ignorancia y el fanatismo, de arte humano, de sólida reflexión, obran este fenómeno de simpatía, de amor, de respeto por parte de los jóvenes que se agrupan en torno de este espíritu superior, de este hombre que lleva luchando cuarenta años, por liberar de sus amarras la conciencia española.

El corresponsal no quiere—lo repetirá cien veces, si es preciso—empañar en lo más mínimo los altos méritos de poeta lírico que caracterizan la obra literaria de Don José Echegaray. Pero un homenaje nacional—ya lo dice esta mañana Azorín—sólo puede consagrarse al que encarna en su persona los ideales de su pueblo. "Esta consagración—

dice el joven y popular escritor—sólo puede ocurrir, sólo debe lógicamente ocurrir, cuando el hombre a quien coronamos ha comprendido en su obra de un modo íntimo, profundo, las aspiraciones, las ideas, los sentimientos de todo un pueblo, es decir, que en la vida ética de este pueblo, el poeta o el político han sido como un estado de evolución encarnado y resumido en su persona."

El proyectado homenaje ha provocado un verdadero cisma en cada redacción de periódico, cuyos directores, sin poner mayor entusiasmo en ello—esta es la verdad—intentan por tercera vez. Representan este cisma, esta oposición al homenaje: en *El Imparcial*, Cavia y Valle Inclán; en *El Liberal*, Nogales y Antonino Palomero; en *El Heraldo*, Manuel Bueno y Luis Morote; en *España*, Martínez Ruiz (Azorín) y Luis Paris; en *La Correspondencia de España*, Maeztu y Catarineu; en *El País* no existe cisma, porque su director, Castrovido, está entre los protestantes; algunos corresponsales de periódicos portugueses también se han sumado en contra del homenaje, y entre los corresponsales de diarios americanos se cuentan Ruben Darío y mi estimado amigo Francisco Grandmontagne.

A estos se han agregado gran número de colaboradores de distintas publicaciones, críticos, poetas, algunos políticos de la nueva generación, toda la gente joven iniciada ya en la vida de las letras y la que ahora comienza su carrera. Los organizadores de este acto de abstención—nunca protesta—esperan contar con el voto de Unamuno y de Blasco Ibañez, para lo cual se les dirigió anoche telegramas a Salamanca y a Valencia.

Hace pocas noches se estrenó la última obra de don José Echegaray, "A fuerza de arrastrarse". Os contaré su argumento.

En Retamora del Valle viven Plácido, Javier, una hermana de este, Blanca, Claudio y otros jóvenes. Todos resuelven, inducidos por Plácido, que es muy ambicioso, trasladarse a Madrid a probar fortuna, a prosperar. (¡Bueno está Madrid para estas cosas!)

Para trasladarse a la corte vende Plácido en tres mil pesetas el retrato de su madre. Don José Echegaray mete a toda la caravana de Retamora en casa de un marqués muy vanidoso, muy rico y todo lo tonto que quiera el dramaturgo, (aunque rico y tonto no parecen términos compatibles, ni aun siendo heredada la riqueza, porque no es tan tonto el que la conserva.) Desde el pueblo, Plácido está enamorado de Blanca, son novios, con el consentimiento del hermano de ella, de Javier.

¿Por qué tiene el marqués toda aquella tropa en su casa? No lo sabemos. Y empieza Plácido su obra de endemniado arrastramiento. Consiste toda ella en lo siguiente: Claudio, a quien le ha brotado de repente en Madrid talento periodístico, calumnia en un periódico al marqués. Plácido contesta sin firmar. Luego hace que Claudio envíe sus padrinos al marqués. Este es muy cobarde, y Plácido que es secretario del aristócrata, se presenta ante los padrinos de Claudio como autor de la réplica. Los tres actos transcurren en medio de los tembores y azoramientos de Claudio y del marqués.

Se realiza la farsa del duelo, y el marqués que no se entera de nada, a pesar de andar en este negocio tanta gente, los padrinos, los médicos, Javier, Blanca y todos los redactores y reporteros del propio periódico del marqués, otorga su más amplia protección política a Plácido. ¿Cómo será el marqués al propio tiempo tan gran político y tan tonto? Misterios de la naturaleza humana que solo ve don José de Echegaray.

Durante toda la obra, Plácido enamora a Josefina, la hija del marqués. Blanca lo sabe, Javier también. Los dos son muy dignos, muy altivos, pero no se van de la casa del noble. Javier es un muchacho que llega luego, en el último acto, a la cima de la ciencia, de la consideración, de la más alta respetabilidad! Ve que Plácido en el trascurso de los dos actos anteriores, se burla de Blanca, la deprime, la hace sufrir, y este gran Javier, este eminente sabio, este gran espíritu, no le rompe el alma y se va de aquella casa.

Plácido se casa con Josefina, dirige el periódico del marqués, llega a ministro. Y entonces se presenta un individuo, un *chantagista*, y le amenaza con publicar un folleto conteniendo la farsa del duelo. Para que no la cuente, Plácido le da treinta mil duros y el otro le entrega los originales del folleto. Estos se caen al suelo, y en el momento que está recogiendo el ministro, entra Blanca y le dice: "¡Siempre arrastrándote!". Don José Echegaray supone que el autor del folleto, una vez que ha dado a Plácido los originales, no puede volver a escribir su libelo.

Todo el arrastramiento de Plácido, toda la podre moral consiste en esta travesura del duelo. En cuanto a Blanca tiene la peor idea de su novio, le cree un miserable, pero sigue siendo su novia hasta que el otro se casa con Josefina.

El final de la obra cae en el centro de la mayor cursilería. El retrato de la madre de Plácido ha rodado de cambalache en cambalache, ó de almoneda en almoneda, como aquí se dice. Plácido quiere recuperarlo; pero ya Blanca lo ha comprado con el dinero que gana Javier con sus escritos científicos (porque aquí en Madrid, produce mucho la literatura científica), y entonces Plácido, que en el prólogo de la obra, al vender el retrato, había dicho: "para eso están las madres para ayudar a los hijos", resuelve que Blanca se quede con el cuadro, como mas digna de conservar este recuerdo de familia.

Y volviéndose Plácido a su suegro y a su mujer, los abraza y les endilga una retahíla de denuestos: "¡Todos miserables, tú, usted, yo, todos, todos miserables, todos en el lodo, todos en el fango!".

Aquel buen marqués, que no ha hecho más que ayudarle, tenerle en casa, darle su periódico y casarle con su hija, tiene que aguantar este intempestivo chaparrón de un hombre que, después de todo no ha cometido más delito que preferir una chica fea y rica a una bonita y pobre, fraguar una farsa de duelo y vender el retrato de su madre para pagar el billete del tren a Madrid.

Pues, nada, a pesar de estos delitos que, por su insignificancia sin duda, no están comprendidos en ningún código; a pesar de esto "¡todos miserables, todos en el fango, todos en la charca!".

Aplaudimos todos. Pero... vamos, tal es la obra. Luego, en el vestíbulo, la gente joven vociferaba protestando. Hizo muy bien en conducirse así, no llevando a la sala las manifestaciones del vestíbulo, respetando de este modo al autor que conmovió a los padres de esta misma juventud.

Francisco Grandmontagne

POR TIERRA DE CASTILLA

LOS SUBURBIOS DE MADRID

Generalmente, los que visitan a Madrid no ven en él si no aquella parte del centro y aquellos barrios novísimos que presentan el aspecto común a todas las grandes urbes europeas. Observan de Madrid lo que menos interés tiene y lo de menos originalidad, pues hoy el tránsito de las gentes por unos y otros pueblos, ha hecho que todas las ciudades populosas se parezcan y no haya entre ellas más que diferencias de luz, de ambiente ó de otras cualidades débiles y apenas perceptibles.

No saben esos visitantes de Madrid, que Madrid tiene contrastes numerosos, y que estos contrastes son tan fuertes y próximos, que ellos hacen de la capital española una de las más originales.

Hoy, por ejemplo, he caminado yo en busca de cosas extraordinarias. Para hallar contrastes muy hondos, no he tenido sino que caminar a la ventura por cualquier vía que me llevara hacia los barrios humildes y apartados. Y antes de caminar cien pasos he visto que Madrid es múltiple, diverso a cada instante; de un salto me he trasladado desde el corazón de una ciudad europea al centro de una villa vieja, del viejo solar castellano. Instantáneamente me he visto llevado a un tiempo anterior, a una vida pasada. Y el primer indicio de esa regresión, en el lugar y en el tiempo, ha sido la música de una gaita.

Figuraos que os encontráis en una plaza cuadrada con soportales bajo los edificios, con arcos que dan salida a las distintas calles. En la plaza sobresalen unas torres agudas con pirámides de pizarra: unos balcones pintados ostentan marcos de pinturas ajadas, de un estilo arcaico; y en lo fondo de los soportales se ven los huecos de las tiendas, pequeñas, bajas y aglomeradas. Ya el lugar tiene un sabor de tiempo viejo. Pero la gente que transita tiene un carácter también de tiempo anterior; si vistiese de otra manera, podría tenerse como contemporánea de aquellos tiempos felices en que se daban, en esta misma plaza cuadrangular, ahora una fiesta de juntas, luego una fiesta de toros, y después un achicharramiento de herejes. La estatua de un rey magnífico, empinado sobre un corcel enorme y ventruado, preside el vaivén de la multitud.

Soldados, mendigos, hombres ociosos y errabundos, pululan por los soportales. Unos tenderetes de lienzo de esparto cobijan en medio de la plaza frutos diversos, y cuelgan ristras de dátiles amarillos, cañas dulces, manzanas camueas, y hay montones de nueces, bellotas comestibles, piñones mondados, panes de higo, pastas de turrón; y unos vendedores inmóviles y callados aguardan a los transeúntes, hundidos en sus tenderetes, con las caras pálidas de los hombres de Greco, con sombreros calañeses, de alas anchas y de color muy negro. ¿No es esta una escena de otros siglos anteriores? ¿No estamos a cien leguas del Madrid del tranvía eléctrico, de las adornadas tiendas y de los revoltosos automóviles?

Y allí está el cocador de gaita. Es un viejo avellanado, de cuerpo bajo y rechoncho, que cubre su cabeza con un gorro inverosímil. Sopla en la caña de su instrumento y el instrumento se infla, y de la gaita salen notas entuladas, agudas, ligeras, que modulan una canción extraña é inabarcable. Y el *rocón* en las espaldas del músico, zamba con un movimiento, con una nota perenne, monótona invariable é inextinguible que semeja a un ruido lejano de una máquina, en el fondo

de un oscuro taller. Soldados, vendedores de baratijas, mozos de vecindad, pilletes harapientos, ancianos de barba grises, hombres de ojos turbios y de capas incoloras, escuchan la sonata del músico trashumante. Y al oír la música y ver el auditorio necesito yo restregarme los ojos y mirar los hilos del teléfono, para convencerme de que vivo en este siglo y entre gentes actuales.

Calle abajo, á lo largo de la cuesta, pasan carros con buen golpe de malas, que campanillean al andar. Arrieros macizos, vestidos del color pardo, robustos y de negra mirada, arrean á sus caballerías con gritos repetidos y guturales. Un estrépito de ruedas llena la calle. Y más abajo hay un mercado rumoroso, pululante y pintoresco con vendedores que asaltan la calle, con cestas que cubren el arroyo, con frutas y hortalizas que ruedan al paso del transeúnte: y continuo vocear forma en torno del mercado como un rumor de ciudad remota, de un siglo anterior, de unas costumbres pretéritas.

Calle abajo siempre, hay una plaza irregular, con un nombre típico y anciano: "El Rastro." En el centro de la plaza se levanta una escultura, la efigie de un héroe pobre, de un pobre soldado del pueblo. Lleva el fusil en bandolera, y con las manos tiene una estopa encendida y un bote grande de petróleo: va á encender el petróleo, á abrasar la guarida del enemigo y á morir inmediatamente. Las humildes casas de vecindad rodean la estatua del héroe, como si le cobijaran maternalmente: pero en el fondo, la plaza se abre en un ancho portillo, y el paisaje de la llanura extiéndese allá en lo remoto. ¡Paisaje plano, infinito, seco y yermo, con heredades inmensas, con líneas interminables, con una luz franca é igual que hace de la llanura campo de sueños, campo de nostalgias, campo de anhelos, de caminatas errabundas y distantes!...

Calle abajo todavía, se ven los puestos de las cosas viejas. Aquí es el sepulcro de las vanidades de la gran urbe: todas las cosas espléndidas, lujosas, ricas, hallan aquí cementerio; este es el sumidero de las cosas muertas, de las cosas viejas que han vivido mucho: y en un mismo revoltijo se amontonan los que en la vida se hostilizaron, y se ayuntan amigablemente la espada del militar, las herramientas del artesano, los botines de una dama, los galones de un ministro, la cazuela de un mendicante, la llave de un arca de caudales, la navaja de un pillete, el crucifijo, la ganzá, la cuna y el haz de naipes. Todas las cosas, bien revueltas y amigadas, se hallan tendidas á los pies del caminante: nada hay allí de engaño: los objetos más antagónicos los tienen mezclados y expuestos á la pública mirada. Un Shakespeare amargo é irónico, podría componer con todo esto una escena lúgubre de otro Hamlet.

Gentes confusas van y vienen entre las cosas viejas: hombres callados y abrigados en mantas, aguardan á los compradores: unas cubiertas de tabla, unas paredes de estera carcomida cubren las arruinadas mercancías. Y se ven vendedores extraños, con mercancías inverosímiles: vendedores que se arriman á la pared, de cara al sol, y que aguardan pacientemente todo el día: y que venden objetos que no se sabe de dónde provienen ni para qué sirven; hay vendedor cuya tienda se compone sencillamente de un trozo de suelo, de una piedra para sentarse, de una capa para envolverse, y cuatro cerraduras mohosas, un candilero de cobre, un montón de llaves y clavos y una sierra desdentada por único menaje...

Más allá empiezan las antiguas rondas de la villa murada. En todo lo largo de los tapias se sientan gentes abigarradas: todas se hallan tomando el sol, como objetos ancianos puestos á orar y á solear. Y cada ráfaga de viento frío hace que los tomadores de sol se estremezcan, como pobres seres viejos próximos á perecer. Y se ven algunas mujeres que remiendan rotas vestiduras, y hombres embozados que miran al suelo con mirada tenaz y profunda, mientras el sol los envuelve en una amable caricia de luz, y por el camino pasan carretas de trajinantes, con reatas de cinco mulas que campanillean sonoras.

Contra el tapial hay unos hombres agrupados: uno de ellos tiene una baraja sobre una manta con la baraja hace continuas y rápidas evoluciones: coge tres naipes y los dobla á medias: manipula con los tres naipes, los muestra de cuando en cuando á los que le miran, y pregunta obstinadamente: "El rey de oros, ¿dónde está el rey de oros? Usted, ¿dónde está el rey de oros? Apuestan al rey de oros: ¿dónde está el rey de oros?" Y manipula sus naipes obstinadamente, aguardando á los incautos. De repente el hombre de los naipes se fija en mí, y me interroga, invitándome á apostar: "Usted, caballero, ¿dónde está el rey de oros?"

Claro es que yo no sé dónde está el rey de oros: por lo tanto meto las manos en mis bolsillos y me alejo de prisa.

Y sigo descendiendo por la cuesta, hacia el río. Pero ya las calles se han despoblado: el suburbio comienza á esparcirse y disolverse. Las sendas sustituyen á las calles: las tierras de labor se juntan con los solares en venta; las casas son más chicas; empieza todo á disolverse. Una fábrica rumorosa aquí, una trapería al lado, un mesón al borde del camino, un sembrado de rectos y paralelos surcos, un solar ancho, sembrado de pedruscos, cardos borriqueros, ropas tendidas á secar; y una choza de mendigos hecha con hojas de zinc, con trozos de arpillera, de cuya choza sale un humo azulino, en mansa columna que huele á trapos quemados.

Desde el repecho del camino se ven las casas dispersas del pobre suburbio, el más pobre de Madrid. En su ámbito vive esa muchedumbre temerosa, incierta, de humildes oficios, tal vez de oficios pecaminosos y justificables á veces; muchedumbre que ha descrito con sombría entonación realidad no igualada Pío Baroja en sus últimas novelas. Y de ese suburbio sale como un aliento de humedad, algo siniestro, humilde y desconsolado al par. Y por encima de los hondos solares, de las casucas viejas, un campanil levanta su cúpula de pizarra, y unas campanas infantiles comienzan á tocar el son de la tarde. Al eco de aquellas campanas, parece que el paisaje se conmueve todo él y toma poética apariencia. Una cabra pasa por un sendero, balanceando; unos niños salen á la puerta de una casa, riendo á una vez; el río blanquea allá bajo, con su humilde caudal, entre unos altos chopos; una carretera raya la llanura con una línea recta que se pierde allá distante; una torre de aldea rompe la línea anaranjada del horizonte. Pasa un tren por la llanura, humeando...

Y cuando vuelvo al centro de la población y veo las tiendas lujosas, los hoteles, los tranvías, la multitud afanada y bulliciosa, necesito frotarme bien los ojos para convencerme de que estoy en Madrid, lejos muy lejos de aquellas calles y de aquellos campos que acabo de recorrer.

J. M. SALAVERRIA

LA PENA DEL TALION

La ciudad de Fairbury, en el Estado de Kansas, tiene, como toda ciudad que se respeta en América, sus compañías particulares de seguros, con sus cuerpos de bomberos y agentes de vigilancia, exactamente como en París, el Louvre y el Bon Marché, por ejemplo, tienen sus bomberos y sus inspectores.

Una tarde, el sargento acababa de tomar su servicio en el puesto de la compañía Fillmore, Richfield y Cia. Sentado al pupitre de la salita de guardia, solamente iluminada por los reflejos de un pico de gas, situado en la acera de enfrente, miraba, sin ver, con el pensamiento en otra parte, el gran reloj colocado debajo de la bóveda de salida.

De pronto, apareció un hombre en la ventanilla del puesto, miró á Pim un instante y, con voz ronca, le preguntó:

—¿Qué hora es?

Pim miró al hombre á su vez: era un personaje extraño; vestido con levitón, para el cual no se le había tomado medida indudablemente, la barba desgredada, los cabellos caídos sobre los hombros, parecía muy insignificante.

Después que Pim hubo medido al hombre de pies á cabeza, clavó los ojos en el reloj, sin responder: los ojos del visitante siguieron los de Pim:

—¡Ya son las nueve! exclamó. ¿Es posible? ¡Y me esperan en Park-Row!

Volvió la espalda y se lanzó á la calle. El agente le siguió con los ojos un segundo, tomó un papel y un lápiz, pero antes de haber escrito una sola palabra, gritó:

—¡Donnelly!

Donnelly era sargento en las caballerizas, así como Pim lo era en la vigilancia. Hacía poco que había hecho una visita á sus caballos y se detuvo un instante debajo del pórtico.

—¿Qué hay?

—¿Conoces á ese hombre por casualidad?

—¿Por qué?

—Porque me interesa...

—A mí, no.

—No seas adusto: sé que le conoces. He visto que te brillaban los ojos cuando ha salido.

—¿Por qué me haces esta pregunta?

—Ese hombre ha dicho que lo esperan en Park-Row y, sin embargo, se ha marchado en dirección opuesta.

—Le conozco: es el inquilino principal de una casucha que él ha asegurado en esta compañía y que carecía de escaleras de salvamento. Yo se lo he hecho notar y ha tenido que ponerlas.

—¿Conocerás esa casa?

—¿Qué pregunta! dijo Donnelly con aire importante.

—Pues bien; ponte á ese pupitre y espérame.

Y Pim, girando los talones, subió de cuarto en cuarto la escalera que iba al primer piso, llamó á la puerta del jefe y, después de entrar, la cerró con llave.

Tomás Donnelly, con aire de dignidad cómica, se sentó al pupitre. Pim y él eran los dos empleados más antiguos de la compañía, pero Donnelly tenía rencor contra su compañero, pues había solicitado dos veces un empleo de subteniente que el Consejo de la compañía no le había concedido, mientras que Pim, contento con su posición, había rechazado el mismo puesto que se le ofrecía.

Al cabo de cinco minutos, se oyeron pasos en la escalera y Pim apareció:

no había... una cosa... pues saltó al cuarto, volviendo á echar la cortina, después de haber cerrado la ventana.

En un rincón de la pieza estaba acurrucado un gato, ocupado en comer los restos de un arenque.

—¡Eso es un manejo antiguo! dijo Pim, pero el pícaro se ha olvidado de colgar éste.

El sargento sacó un cuchillo y con él desprendió un arenque del grupo colgado del techo. Se acercó al gato y le presentó esta nueva presa. El animal se puso á morrongear. Pim lo acarició, lo tomó en sus brazos y por una puerta abierta lo trasportó con el arenque al taller de costura, cuyas telas y jirones se veían sobre las mesas. Volvió luego á la primera pieza cerrando la puerta.

—Ahora esperemos al hombre.

Examinó entonces atentamente la pieza que parecía servir á la vez de cocina, de dormitorio y de comedor.

Una cama estaba cerca de la mesa y en ella sábanas y cobijas revueltas. Debajo de la lámpara, una cortina vieja hacía veces de tapete.

Pim se quitó el kepis y la chaqueta, que ocultó debajo de las sábanas y se remangó las mangas de la camisa; después sacó una cuerda de su bolsillo y cortó un trozo de la cobija, de que hizo una mordaza. Ya no hablaba, pero se sonreía.

Se dejaron oír pasos en la escalera. Silenciosamente, el sargento se deslizó detrás de la puerta: una llave rechinó en la cerradura y la puerta se abrió ocultando á Pim.

No había dado aun dos pasos el recién llegado, cuando un formidable puñetazo sobre la cabeza le derribó al suelo. Inmediatamente la mordaza de lana le llenó la boca y quedaron atados los pies y las manos.

Después de haber puesto al hombre en este estado, Pim lo llevó á un sillón viejo y pesado y le ató á él por los pies y por la parte superior del cuerpo.

El hombre perdió el conocimiento: el sargento fué á buscar en un rincón un jarro de agua y vertió el contenido sobre la cabeza del amordazado.

El hombre exhaló un ronco gemido y entreabrió los ojos mirando al principio con estupor las cuerdas que le apretaban, y, explorando después vivamente todos los rincones de la pieza.

—Buscas el gato ¿no es verdad? dijo Pim. No te preocupes. Pero ¡diablos! tú no conoces bien tu oficio y has olvidado un arenque en el suelo.

Y, cruzando la pieza, fué á abrir la puerta del taller de costura llamando al animal, que fué á él morrongueando y se dejó prender.

Se oía crujir el viejo sillón, bajo los esfuerzos que el hombre hacía para romper las cuerdas.

Pim, siempre tranquilo, se sentó en un ángulo de la mesa, acariciando al gato.

—Ya ves, le dijo, que ahí está tu amo, el cual ha pensado que cualquier hombre tiene derecho de colgar arenques del techo, en su casa, al lado de una lámpara de petróleo encendida, sobre una mesa y que también tenía derecho de dejar á su gato en la pieza al marcharse. El gato salta sobre la mesa, derriba la lámpara y resulta un incendio seguro. Aunque la casa se destruya, se carbonicen mujeres y niños, se hieran ó maten bomberos, ¡qué importa á ese hombre! Está asegurado. La compañía le pagará. Pero sucede á veces que, por olvido ó negligencia, el pícaro se quemara él mismo. Eso es lo que vas á ver. Adios.

Pim colocó entonces el gato en el suelo, se puso su chaqueta y su kepis y salió por la ventana. Bajó al principio algunos escalones con ruido, volvió á subir suavemente y miró por la hendidura de la cortina.

El hombre, con los ojos extraviados, se reforzó los músculos para romper las cuerdas: un atroz dolor le contraía el rostro: palpaban las ventanas de su nariz, como las aletas de un pescado en la punta de un anzuelo.

Después se desplomó sin fuerza, con los ojos fijos en el gato. El animal, acurrucado al principio en el lugar del suelo donde había dejado la cola del primer arenque, limpiaba concienzudamente el sitio. Pero esto no duró sino un instante, y pasándose la lengua por los labios, miró los pescados que colgaban de la cuerda.

El hombre, con la boca llena por la mordaza de lana, dejó oír, sin embargo, un gruñido muy suave. El gato avanzó y frotándose contra las piernas atadas, se lanzó al regazo de su amo, pero de allí hizo ademán de saltar á la mesa.

De un rodillazo, el hombre lo echó al suelo; ahora hacía esfuerzos desesperados para romper sus ligaduras; se le hinchaban las sienes y le corrían por las mejillas abundantes lágrimas.

El gato se sentó cerca de él, volviéndose y acariciando con su cola la punta de los zapatos.

En ese instante, el rostro del hombre se trasformó: la expresión de angustia se cambió en un gesto de alegría. Suavemente levantó los pies sujetos en los tobillos por las cuerdas y de un golpe los levantó, agarrando como en una trampa la cola del animal.

El gato dió un salto acompañado de gritos de dolor; pero los pies le sujetaban fuertemente; se volvió, hundiéndose sus garras en las piernas de su amo, desgarrando el viejo pantalón, mordiéndole la carne.

El hombre se mantuvo fuerte, luchando contra el dolor. Esto duraba hacía más de un minuto, cuando, por un instante, uno solo, se sobresaltó.

El gato se escapó al rincón más lejano y se puso á lamer su cola aplastada.

El hombre bajó la cabeza y se echó á llorar; al mismo tiempo que el animal se curaba la herida le miraba á hurtadillas, y después, de un golpe, al oír que el sillón crujía, se batió en retirada, maullando dolorosamente y se colocó detrás de la mesa en un sitio donde no se le podía ver. Esto duró algunos instantes, pero era evidente que de un momento á otro saltaría, para agarrar el arenque.

¿Cuándo? Podría suceder dentro de un minuto, dentro de una hora, de dos horas, pero debía suceder.

¿Qué haría? El hombre ya no le veía ni le oía. Su rostro no tenía nada de humano. Hizo un último esfuerzo, intentó levantarse, y rodó por el suelo con el sillón, que rompió en dos, en su caída, al ras del respaldo; pero el cuerpo continuaba atado á ese respaldo por las piernas á las patas del mueble.

Espantado por ese ruido, el gato pasó debajo de la mesa y, al correr, clavó las garras en las mallas del tapete de la mesa y derribó la lámpara, que cayó al suelo é hizo explosión.

El hombre, atado á los dos pedazos del sillón, podía volver la cabeza. Vió el líquido inflamado que se extendía ya al borde del lecho. Con un último esfuerzo, intentó levantarse y, vencido, se desplomó, sin movimiento, como una masa.

La ventana se abrió. Pim saltó á la pieza. Siempre tranquilo, sin precipitación, arrancó la cortina clavada en la ventana, la extendió con regularidad sobre la capa de fuego, pisoteó con fuerza la parte incendiada, y volviéndose hacia el hombre:

—No tendrías, dijo, sino tu merecido, si te dejara estar.

El otro no se movió.

El sargento cortó las cuerdas, abrió la puerta, le tomó en sus brazos y lo dejó en el ramo de la escalera. El gato se escapó corriendo.

El sargento volvió entonces á la pieza, tocó al aspirar la humareda acre, se metió el corta vidrio debajo de la chaqueta y bajó al patio, por la escalera de salvamento.

Donnelly le esperaba abajo.

—¿Qué haces? le dijo Pim.

—Estaba inquieto al ver que no bajabas.

—Querido Tomás, te digo que nunca llegarás á subteniente, pues no respetas bastante la consigna.

Un cuarto de hora después, los dos volvieron al puesto.

Pim subió al cuarto del jefe. Desde abajo se oían sus risas y las de su oyente.